

La paraula del dia

DICIONARI DE L'AVL

PER JOSEP LACREU

CARTERISTA

► Les aglomeracions de gent creen un ambient propici per al treball dels carteristes. I les Falles són un paradís per als aficionats a apropiarse de les carteres alienes. Eixe és, en principi, el significat estricto de la paraula «carterista», formada a partir de la veu «cartera», amb l'afegiment del sufix «-ista», que, per assimilació a altres paraules formades amb este mateix sufix (com «dentista», «economista» o «taxista»), sembla que li conferix una dubtosa dignitat professional. Però el camp d'actuació del carterista ha anat eixamplant-se cada vegada més. Ara, a més de robar carteres, el carterista també roba mòbils i altres objectes de valor. La cronologia de les paraules és un reflex de la societat en què s'han usat. En el conjunt de la nostra llengua la paraula «carterista» es documenta per primera vegada en els anys vint del segle passat. L'escriptor empordanés Josep Pla, en «Vida de Manolo», escrivia en 1928: «A la mà -mà fina, clerical, de carterista- duia com sempre la vareta de freixa». I no és que abans d'eixa època no hi haguera lladres. Clar que n'hi havia! Però els diners es duïen en altres llocs.

Cosas

UNA IBICENCA FUERA DE IBIZA

Pilar Costa



Falleció la madre de un amigo hace unas semanas y en el velatorio le ofrecí muy sinceramente a ayudarlo en lo que necesitara. Apenas dudó antes de contestar que a vaciar la casa. Por supuesto le dije que sí. Sin embargo, me escribió días después para decirme que creía que no haría falta, que «al final no había tantas cosas». Cuando nos encontramos estos días para darnos un abrazo me fue narrando la logística más o menos así: los hijos se habían quedado alguna cosa que la abuela les había prometido; las tías estaban repasando la ropa para ver qué les servía; los hermanos se quedarían tal o cual mueble -pocos porque al fin y al cabo, ¿dónde los metes?-. Esa auditoría sobre qué tiene valor o valor sentimental. Del resto, algo se venderá en Wallapop y lo demás se donará. Y así es la vida -la nuestra-: los muertos se van con lo puesto y los que quedamos llenamos furgonetas y camiones.

Soy una asidua a los programas de decoración y reformas de televisión y sin embargo no puedo explicar la pereza absoluta que me provoca cada vez que un matrimonio a punto de tener un primer o un segundo hijo y con un gato se plantea comprar una casa de mínimo doscientos metros porque ya no les cabe la vida en la anterior de ciento cincuenta. «Con mucho espacio de almacenaje» y sótanos convertidos en depósitos repletos de abajo arriba de cajas etiquetando lo que esconden. Sí, lo confieso, soy de esas que al ver esas fastuosas lámparas de araña y las enormes vitrinas piensa «¿y todo esto, quién lo limpia?». Me angustian las cosas -incluso ajenas-, no me dejan respirar.

Yo era ya así antes de vivir en India, se lo juro y hasta puede que haya más de vivir allí por lo que soy que ser por vivir. Lo que pasa es que ahora soy capaz de discernir cuánto de aquello me ha quedado irremediadamente grabado

como un prisma con el que veo el mundo. ¡Que tengo otros! Pero ese, pesa. Que se me suma en la retina a los, por ejemplo, garajes para tres coches de la casa de doscientos metros de mis padres donde, sin embargo, los coches se aparcan en la calle porque no cabe un alfiler. «Si es que con todas las cosas que tengo ya y todos que me traéis cosas» protesta -pero poco- mi madre y yo le respondo que no tengo ni un llavero allí.

En India, entre otras aventuras, realicé un proyecto fotográfico con los niños que vivían en los *slums* (barrios de chabolas) de un suburbio cualquiera de Benarés convencida de que sobaban fotos en el mundo de niños pobres fotografiados por blancos privilegiados y era urgente su punto de vista. Ver el mundo desde sus prismas. Apenas alcancé a veinte niños. Cada uno contaba con una cámara instantánea y dos carretes con los que retratar en veinte fotos diez temas concretos. Nueve eran comunes: 'yo', 'la familia', 'el mejor momento del día', 'algo o alguien a quien admiro'... Si parece complicado, agárrense, porque estos eran los temas fáciles. Luego sorteé otros exclusivos para cada uno como 'odio', 'vergüenza', 'amor'...

Dedicamos una semana solo a aprender a utilizar las cámaras -incluso antes de tenerlas- y que las fotografías, como las palabras, son una herramienta poderosa para contar una historia: la suya. Planificaron cuidadosamente cada uno de sus temas para que, llegado el día, cada niño supiera qué iba a fotografiar, cómo y cuándo. Por ejemplo, algunos llamaron a sus parientes de otros pueblos para que vinieran para su única foto de familia. Para otros, a pesar de ser muchos... solo su madre aparecía en aquella foto que representaba 'familia'. Y mientras, mi familia. Compré un pasaje a mi hija para que viniera diez días cargada de cámaras y carretes porque el envío de material electrónico hubiera sido económicamente inasumible y burocráticamente casi imposible y, sobre todo, porque nadie mejor que ella entendería y disfrutaría este proyecto.

Repartimos los niños en grupos por cada uno de los *slums* -o colonias- donde vivían, erigidas en terrenos ilegales donde un especulador que, sin ser el propietario, les cobraba un alquiler y autorizaba la construcción de cada nueva chabola de cañas y plásticos que levantaban entre todos sobre el suelo de tierra. A cambio, además de pagar una renta, estaban obligados a trabajar como recolectores de basura y si incumplían no tenía el más mínimo remordimiento en prenderle fuego, hubiera quien hubiera dentro.

Pero aquella primera mañana, el *slum* se volcó con sus pequeños fotógrafos. Nos recibieron agradecidos bajo el sol asfixiante con un Seven Up para mí y para mi hija, caliente y compartido entre todos. Además traían para mí, a saber de dónde, una silla de plástico reseco para que me sentara mientras todos los demás se sentaban -como dormían-, en el suelo. ¡Cómo rechazar semejante regalo! Así que me senté y bebí. A la mañana siguiente, empezamos de cero en otro *slum* con otro grupo de niños a kilómetros de distancia. Pero allí estaban, otras familias recibiéndonos con un Seven Up y la silla de plástico. No una igual... Sino la misma silla.



Barrios de chabolas en Delhi.

MARIBEL IZCUE

La columna

► El aviso de vigilar para que los árboles no te impidan ver el bosque es una de esas frases que se remontan casi al origen de los tiempos. Y que sitúan a la sabiduría popular en primera división. Porque la semana del 8M, por ejemplo, ha sido un ejercicio constante de apartar árboles en busca del bosque perdido. Resultaría tentador apelar a fenómenos paranormales para explicar cómo a una fecha que ha sido bandera histórica de la izquierda y del feminismo, tanto la izquierda como el feminismo han llegado encabritados en peleas intestinas con la saña que solo destilan las riñas familiares. Pero me temo que la explicación es bastante más prosaica. Creo que para detectar incompetencia, dogmatismo, soberbia o cerrazón no es necesario apelar a los espíritus: salta a la vista. Y conecta con un fenómeno muy contemporáneo, que es el desprecio por el debate.

Lo que hemos visto estos días en el Parlamento, en los medios, en la calle... no ha sido un debate sino una escalada de insultos y descalificaciones, a golpe de tuit y a base de consignas. Que hayan volado alegremente palabras como fascista o traidor cuando en lo básico, que es la defensa de los derechos de las mujeres, existe un acuerdo indiscutible, da una medida del disparate. Dicho todo lo cual, veamos el bosque. El feminismo continúa avanzando y aunque el secretario general de la ONU admita que pasarán tres siglos antes de conseguir la igualdad real entre hombres y mujeres, es obvio que el panorama ha mejorado. Y sus debates internos no son muy distintos a los que sacuden a cualquier otro movimiento social. Discutir, discrepar, debatir, eso no es problema. El problema es hacer el ridículo, dar munición al adversario y apuñalarse. Porque eso siempre deja heridas. Así que la moraleja podemos buscarla también en la sabiduría popular: «Aunque los problemas puedan venir de fuera, las soluciones siempre se encuentran dentro». O «el exceso de virtudes puede ser un defecto, pero el exceso de defectos nunca será una virtud». (Estos aforismos los he cogido prestados del libro *Mis mejores pensamientos*, de **Antoni Bolinches**. Maravilloso...).

En busca del bosque perdido



Carles Francino

www.levante-emv.com

Este diario respeta en todo momento la libertad de expresión de sus colaboradores. Por eso sus artículos reflejan únicamente ideas personales. **La opinión del periódico solamente se manifiesta en sus artículos editoriales.**

Camp de Morvedre
Delegada: Mónica Arribas
► Camí Reial, 40, 1.º
46500 SAGUNT
962650413 y 962663006
Fax: 962650414
► levante.morvedre@epi.es

L'Horta
Delegada: Laura Sena
► C/ Traginers, 7
46014 VALÈNCIA
963992392
Fax: 963992308
► levante.horta@epi.es

La Marina
Delegado: Alfons Padilla
► levante.marina@epi.es

Relaciones Institucionales
Directora: Silvia Tomás

Publicidad
963992242
Fax: 963992276
► levante.publicidad@epi.es

Suscripciones
963992360
► suscriptor@levante-emv.com

LevanteTV

Director:
Juanma Romero
► Edificio Levante-EMV
C/ Traginers, 7
46014 València

Levante TV: 963992600
► produccion@levantetv.es